

DON JOSE MARIA SAMPER

Discurso pronunciado en la sesión solemne de la Academia Colombiana,
el 6 de agosto de 1889.

Por CARLOS MARTÍNEZ SILVA

Señores Académicos:

Dispensóme la Academia Colombiana el alto honor de encomendarme el elogio fúnebre de nuestro distinguido colega don José María Samper, y sin vacilar acepté el encargo, movido por el deseo de dar pública muestra de la estimación y del afecto que profesé al ilustre difunto; afecto y estimación que nacieron en el aula en que tuve la honra de recibir sus lecciones, y que se desarrollaron y acrecentaron cuando más tarde me tocó compartir con él los azares de la lucha política, las penalidades de una campaña y los serenos y apacibles goces con que brinda el cultivo de las letras, que él amó con todo el entusiasmo y ardor que ponía en cuanto cautivaba su corazón.

Aceptado el compromiso, advertí al punto que para llenarlo no bastaba lo único de que yo disponía: cariño intenso por la memoria del amigo muerto. Vida tan llena y tan agitada como la del doctor Samper, y labor literaria tan vasta y variada como la suya, demandan, para ser juzgadas con acierto, dotes críticas de que en absoluto carezco, y una serena imparcialidad de que —lo digo con franqueza— no me siento poseído, tratándose de persona en quien sólo quisiera hallar motivos de encarecido encomio.

Por fortuna para mí, conozco vuestros sentimientos en esta ocasión, que son precisamente los míos, y sé que estáis congregados aquí, no tanto con carácter de académicos, cuanto como dilectos amigos del doctor Samper. Deseáis que se os hable de él a la manera que los miembros de una familia gustan de departir acerca del hijo o del hermano ausente. Innecesariamente son por lo mismo, para vosotros datos biográficos que sobrado conocéis; y huelga la razonadora crítica donde sólo encuentran eco las manifestaciones de cariño.

Don José María Samper es a mi ver la más acabada y viva personificación de la revuelta vida democrática que nuestra patria ha vivido desde que se constituyó en nación independiente. Lucha brava y tenaz de ideas y de doctrinas radicalmente contrapuestas; acciones y reacciones violentas; revoluciones armadas, apenas por breves treguas interrumpidas; exageración de todos los ideales y de todos los

principios; sed insaciable de progreso, aunque sin plan ni sistema, deshaciéndose hoy lo que ayer se construyó; loco anhelo de innovaciones y cambios; todo eso, vivificado por una savia generosa y fuerte, ha constituido nuestro modo de ser político y social en los años que de existencia autonómica contamos. En medio de tan febril agitación, no es extraño que los hombres llamados a la vida pública hayan tenido que desempeñar en ella diversidad de papeles, ejercitarse en todos los campos de la actividad humana, ensayarse e improvisarse en la política, en la administración, en la guerra, en el profesorado, en la magistratura; pasar bruscamente de una ocupación a otra; defenderse y atacar, ya con estas armas, ya con aquéllas; habérselas hoy con un adversario antiguo, y mañana con el aliado y amigo de la víspera. Tal es, repito, la ley de las democracias turbulentas, ley cuyo inexorable cumplimiento no deja de producir también sus beneficios, retemplando los caracteres, abriendo ancho camino a las ambiciones nobles, levantando desconocidos ingenios. Aquello es, en una palabra, la juventud con sus ardores e inconstancias, sus inconsecuencias y versatilidades, sus vicisitudes y peligros. Pero después de todo, ¡qué hermosa y amable y seductora es siempre la juventud!

La vida del doctor Samper fue síntesis y reflejo de aquella vida de la república, que acabo de bosquejar. Tenía él naturaleza expansiva y generosa, actividad volcánica, ardiente y desinteresado patriotismo y un pronunciado temperamento de combatividad y de lucha; y por lo mismo, al lanzarse desde muy joven en la escena pública, llevó a ella todas aquellas cualidades con los defectos que les son inherentes.

Su primera pasión fue la de las letras, como lo ha sido en esta tierra la de todos los jóvenes que buscan la gloria o siquiera la notoriedad. Cuando el doctor Samper empezó a figurar en este palenque, la república navegaba a velas desplegadas por los mares del romanticismo literario y político. En aquel entonces no se respetaban ni reglas ni tradiciones; la educación escolar era superficial y ligera, y todo convidaba a la improvisación temeraria. En semejante atmósfera y en aquella escuela, recibió sus primeras impresiones, acaso decisivas, el doctor Samper; y como él se sintiese con una exuberancia de vida —que le acompañó hasta sus últimos días— y con una actividad que no consentía límites estrechos y precisos, quiso desde el principio abarcarlo todo y tratarlo todo. Ningún explorador más audaz que él en el campo de las letras patrias; y como tenía conciencia de la robustez de sus fuerzas, no hubo tarea que le arredrase ni obstáculo que reputase invencible. Su actividad no era la de aquellos trabajadores pacientes, a estilo germánico, que persiguen tenazmente una sola meta sin mirar atrás ni a los lados, sino la de ciertos espíritus inquietos y traviesos que no se avienen con la ociosidad, pero que tampoco trabajan por otra cosa que por la necesidad de dilatarse y de dar pábulo al fuego interior.

Vosotros conocéis muy bien el acervo literario del doctor Samper, y de seguro os habréis sentido más de una vez humillados ante

la prodigiosa variedad de los asuntos que él trató. Periodista infatigable desde muy joven, vehemente y apasionado en el ataque y en la defensa, tuvo la rara cualidad de no dejar penetrar en el corazón el tósigo del odio, que esteriliza y seca. Por eso, a la par que sostenía en el diario polémicas de ordinario ardientes, tenía tiempo, y serenidad de espíritu, y frescura de sentimientos para cultivar la poesía, para escribir dramas, comedias, novelas, retozones y maleantes cuadros de costumbres, obras didácticas de largo aliento, biografías y bocetos de personajes notables, disertaciones científicas, viajes, trabajos de crítica y de historia, etc. Y estemos también en que el doctor Samper, mientras todo eso hacía, trabajaba rudamente, ya en el comercio, ya en el desempeño de laboriosos destinos públicos y le sobraba todavía tiempo para leer mucho, para mantener activísima correspondencia epistolar, para asistir a juntas políticas y tertulias literarias, para cultivar con esmero sus numerosas relaciones sociales, para tomar parte en toda obra de interés público, para viajar, para divertirse con el febril entusiasmo de un mozo de veinte años, para qué sé yo qué más.

Aquí, donde la pereza nos adormece de ordinario en blando sueño, un tipo como el del doctor Samper debe ser objeto de admiración. De mí al menos sé deciros que el estudio que hacía de su carácter, siempre me dejaba secreto remordimiento por la consciencia del tiempo malgastado.

Pero el doctor Samper no era solamente una fuerza impulsiva. Distinguíale raro poder de asimilación y un don de sagaz y flexible observación, que le permitían sacar partido de cuanto leía y de cuanto veía, de los hombres y de las cosas. En casi todas sus obras brillan estas cualidades, y muy especialmente en los *Bocetos biográficos*, en varias de sus novelas y cuadros de costumbres nacionales, en su popular comedia *Un alcalde a la antigua y dos primos a la moderna*, y en su precioso libro *Historia de un alma*, en que nos cuenta con candor y riqueza de sentimiento, gran parte de su agitada vida, trazando como de paso magistrales cuadros de situaciones políticas y rasguños de los principales hombres públicos con quienes estuvo en contacto. Tenía el doctor Samper, como se dice de ciertos pintores, la gracia del parecido; descubría al vuelo los rasgos característicos de la fisonomía o del cuadro que quería retratar, y pintaba luego con vigor y frescura de colorido. En esta materia, acaso su único defecto consistía en el exceso de fidelidad, pues no quería dejar perfil indeciso ni pormenor alguno en la sombra.

Sus escritos sobre asuntos políticos y sociales se recomiendan por la claridad de la exposición, que es acaso la primera de las dotes del escritor. Analizaba minuciosamente y sintetizaba con rapidez; sabía interesar por la viveza de la expresión y empleaba un lenguaje correcto y elegante. Su estilo era propio, y muy propio, imposible de confundirse con otro alguno, de tal suerte que cuando él mismo quería contrahacerlo, no lo alcanzaba. Su amor al orden en todo, hacía que, al escribir sobre puntos abstractos, abusase acaso de las

clasificaciones, cayendo a menudo en lo arbitrario y convencional; y en su anhelo por convencer, pecaba de ordinario contra la sobriedad. Su vocabulario no era rico y variado, pero sí escogido; y si le faltaban aquella donosura y gracia de las frases hechas que caracterizan a los escritores peninsulares, en cambio no incurría en ciertos descuidos y desaliños que allá no son raros aún en escritores de nota. Y si esto fuese un defecto, preciso sería agregar que él es común a la mayor parte de nuestros prosadores, que se cuidan más del estudio de la gramática que del de la lengua viva.

La extraordinaria facilidad que el doctor Samper tenía para escribir y para trazar el plan de una obra, no podía menos de perjudicar al pulimento y a la delicada y fina contextura que demandan los trabajos literarios destinados a vida imperecedera. El comprendía esto muy bien; mas ni estaba en su mano cambiar de modo de ser, ni creía acaso que valiera la pena de desaprovechar la ocasión de salir a la defensa de un principio comprometido o de lanzar alguna idea buena, a trueque de preparar una obra esmeradamente pensada y laborada. Sintióndose siempre con cierta vocación de propagandista, buscaba el resultado inmediato, sin preocuparle la idea de tener que volver luégo sobre el mismo asunto para ampliar o rectificar lo antes dicho.

Dícese que no proceden así los verdaderos artistas y los maestros: aceptado. Pero también se convendrá en que en épocas de agitación y de lucha de solevantadas pasiones, no son los maestros graves y circunspectos los que conducen las multitudes ni los que despiertan el entusiasmo y avivan la fe. Este género de contiendas guarda mucha semejanza con las de la guerra verdadera; y así, acaso no sería aventurado asegurar que en uno de tantos de nuestros fratricidas combates, dada la naturaleza del suelo, la educación del soldado y lo deficiente de los elementos bélicos de que disponemos, un táctico frío y científico como Moltke sería vencido por un jefe como Páez. Nuestra política y nuestro modo de guerrear son propios y exclusivos, y haríamos mal en querer juzgar a un publicista colombiano comparándole con los de naciones viejas y más civilizadas. Por supuesto que esta observación sólo sería aplicable a lo que ahora se llama *el diarismo político*, porque en los otros campos de la literatura, tomada esta voz en su más alta acepción, mal pecado sería sostener, y más en el seno de una academia, que no hubiese verdades absolutas, principios estéticos ciertos, y modelos dignos en todo tiempo de ser imitados y estudiados.

Como era natural, el doctor Samper figuró también mucho en la política nacional, y su nombre aparece ligado a los sucesos más trascendentales ocurridos en la República desde el año de 1848 hasta nuestros días. Y sin embargo no podría decirse que él fuese un político, en el sentido técnico de la palabra. Su genial franqueza, su arrebatado entusiasmo, su candor de niño, y acaso también su intransigente probidad, no le hacían apto para desempeñar el papel que corresponde al verdadero hombre de Estado, que tiene que armonizar

contrapuestos intereses, despertar y apagar ambiciones, jugar con ellas peligrosísimo juego, mantener la disciplina de los partidos, anticiparse a los acontecimientos muchas veces, y dejarse llevar por ellos, otras, en aparente indiferencia y descuido. Para todo ello se necesita disimulo, frialdad y precisión de cálculo, profundo conocimiento del corazón humano, y sobre todo notable ausencia de aquello que nosotros los del vulgo de los mortales llamamos sensibilidad y honradez. Manejar los hombres como fichas en un tablero de ajedrez, sin afectos profundos, sin predilecciones ni antipatías, sacrificando hoy al amigo y levantando mañana al enemigo, son cosas que no puede hacer nunca bien hechas un hombre del temperamento del doctor Samper.

Mucho menos podía ser él lo que los americanos del norte apellidan despreciativamente un *politician*, es decir, uno de aquellos menguados especuladores con la cosa pública, sin ideas ni principios, que medran a la sombra de todos los gobiernos y se venden a todas las causas, no siquiera por ambición de mando, sino tan sólo por apetito desordenado de riquezas. El doctor Samper, que era antes que todo un hombre honrado, leal, pundonoroso y de un desprendimiento absoluto, miraba con horror cualquiera granjería política, movía guerra implacable a los círculos explotadores, y denunciaba a los cuatro vientos, con entereza y valor, todo proceder que él juzgase en oposición con los dictados de la probidad y del honor. Por eso fue siempre un *mal partidario*, como dicen los del oficio; un tanto díscolo e indisciplinado; entusiasta hasta el sacrificio cuando creía servir a los grandes intereses de una noble causa, pero reacio e indiscreto cuando se quería hacerle entrar por senderos torcidos o que, con razón o sin ella, él consideraba tales. Así, del doctor Samper no podría decirse aquello que de sí mismo asevera el célebre Núñez de Arce con menguada frase: "En las cortes voté con mi partido, si no siempre convencido, siempre disciplinado."

Si el doctor Samper ha dejado huella, que sin duda será duradera en los anales de las letras colombianas, acaso lo que hará más recomendable su nombre a las generaciones venideras será su fama de eximio orador; y digo fama, porque por desgracia muy pocos de sus grandes discursos se conservan, a causa de haber sido todos ellos improvisados, ya en reuniones populares, ya en el calor de los debates parlamentarios, de los cuales sólo quedan, a lo más, descarnados e inconexos extractos en las actas oficiales.

Cuando el doctor Samper subía a la tribuna o tomaba la palabra, cualquiera que fuera la temperatura de su auditorio, ejercía sobre él imperio absoluto. Su voz encontraba siempre eco, despertando ya el entusiasmo, ya la ira y el despecho de los que le oían; indiferencia o frialdad, nunca. En el memorable Congreso de 1876, lo recordaréis muy bien, el doctor Samper se alzó a altura verdaderamente prodigiosa. Luchó allí como bravo y esforzado paladín, contra una mayoría abrumadora por el número, pero que se sentía como anonadada ante aquella palabra de fuego, ante aquella pujanza titánica y ante aquel valor impertérrito, que no había peligro que

no afrontase ni golpe que no parase. Sus discursos de entonces condensaron todos los agravios, todas las quejas, todas las cóleras que un gran partido político, oprimido durante largos años, quería hacer sentir a su adversario; y puede asegurarse sin faltar a la verdad histórica, que la excitación producida por las *filípicas* o *catilinas* del doctor Samper en aquellos días, fue causa muy principal de la gran revolución armada que inmediatamente se siguió. Y dígame lo que se quiera, quien así sabe arrastrar a las multitudes y desconcertar enemigos fuertes y disciplinados con sólo el poder de la palabra, tiene derecho a que se le cuente entre el número de los grandes oradores.

El doctor Samper no era sin embargo un orador parlamentario fino, acerado, discreto, de esos que hieren con estilete italiano, que no dicen ni más ni menos que lo que se proponen decir, que escogen la frase más elegante y pulcra y que con ella sugieren mucho más de lo que afirman. Su manera oratoria era harto distinta de la de tales maestros de esgrima, por lo cual pudiera decirse que su arma predilecta era la maza y que atacaba siempre a fondo, no con el propósito de desarmar al adversario o de herirle ligeramente, sino con el de postrarle y dejarle exánime en el sitio. Era pues propiamente orador tribunicio y de la plaza pública, con todas las dotes necesarias para arrastrar y subyugar a la multitud. En la convención francesa hubiera figurado con brillo al lado de Dantón, y en los albores de nuestra independencia habría sido émulo de Camilo Torres. Su voz era robusta y extensa; su presencia en la tribuna, imponente; su acción desembarazada y noble; la posesión de sí mismo completa, de suerte que nada le turbaba ni desconcertaba. Manejaba con maestría el lenguaje de la pasión; razonaba poco en tales ocasiones, pero en cambio sabía herir todas las fibras del corazón, desde las más fuertes hasta las más delicadas.

En nuestros días la oratoria tiende a desaparecer, en fuerza del cambio efectuado en las instituciones políticas, a tal punto que los discursos más ponderados son los que más se asemejan a disertaciones de libro, y casi lo mismo da leerlos en el retiro del gabinete que oírlos pronunciar. Pero, o yo estoy grandemente equivocado, o ésa no era la oratoria de los griegos y de los romanos, que se nos dan como modelos del género. El genuino orador, sagrado o profano, no es el que mejor discurre, ni el que más ideas lúcidas y precisas lleva al espíritu de sus oyentes, sino el que mueve, arrebató y subyuga, sin que se sepa cómo ni por qué. En ese arte, como en el de la música y el de la poesía, que es más que todo obra de cierta magia y fascinación inanalizables, el doctor Samper era maestro de superioridad indiscutible.

Una de las fases más simpáticas de la vida de este preclaro ciudadano fue su nobilísimo empeño por levantar y poner de resalto todo lo que pudiera ser gloria nacional y cuanto contribuyera a hacer conocido, amado y respetado el nombre de la patria. Dondequiera que el doctor Samper se hallara, era siempre el primero en alzar la voz en defensa de nuestros hombres ilustres, de nuestras glorias his-

tóricas, de nuestras costumbres y tradiciones de raza. En esta especie de culto jamás mezclaba ningún sentimiento extraño, ninguna mira egoísta, nada que revelase espíritu de partido. Con el mismo fervor reconocía y publicaba los méritos del amigo que los del adversario, y toda acción noble, honrada y generosa, despertaba en su pecho eco simpático. Aquella máxima bastarda de que al enemigo político no se le debe reconocer jamás nada bueno, ni aún las intenciones, la miraba él con indignación, y tenía a orgullo desmentirla oportuna e inoportunamente.

Pero donde más brillaban esas generosas disposiciones de nuestro colega, era en su modo de proceder con los jóvenes que por algún lado ofrecían ser esperanza de la patria. Despuntaba un mozo por su afición a las letras, a las artes, a las ciencias, el doctor Samper era el primero en buscarle, en visitarle, en estimularle, en presentarle a sus amigos, en formarle favorable atmósfera. Los triunfos literarios de ingenios conocidos y desconocidos eran para él más que sus propios triunfos; y si en tales ocasiones caía en la injusticia, era siempre por exceso de benevolencia, por entusiasmo desmedido en el elogio.

Personas que no conocían de cerca al doctor Samper y que no le juzgaban sino por ciertas exterioridades, le creían soberbio y muy pagado de sí mismo; pero vosotros sabéis perfectamente que acaso la virtud que en él más resplandecía era la de la humildad; no por supuesto aquella humildad postiza, farisaica, que va diciendo por todas partes: "Ved qué modesto y qué pequeñito y qué insignificante quiero hacerme", sino aquella otra que consiste en reconocer los defectos y errores propios y en atribuir a Dios los dones de El recibidos, sin negarlos ni amenguarlos. Y que el doctor Samper tenía esta humildad del corazón y de la mente (no la del mirar, del andar y del hablar), lo probó en ocasiones solemnes de su vida.

Convencióse un día de que andaba desviado de la senda de la verdad en asuntos religiosos; y por graves que fueran sus compromisos con la secta anticatólica a la cual había servido de vocero, no vaciló un punto en atropellar por todo, renunciando a posición política y a caras y antiguas amistades. Confesó pública y solemnemente que había errado y escandalizado, y por ello pidió perdón. ¡Cuántos que como el doctor Samper sienten el atractivo de la verdad, no le rinden sin embargo culto público por un mero sentimiento de orgullo! ¿Esta sola página en la vida de nuestro amigo no bastaría para dar idea cumplida de la nobleza de su carácter, de la rectitud de su corazón y de la humildad de su espíritu?

Pero todavía dio el doctor Samper otra prueba de humildad heroica y de pureza de intenciones con el cambio posterior de su filiación política; y reparad que digo heroica, porque entre nosotros la renunciación de aquel segundo apellido de la familia política a que pertenezcamos es más duro y difícil que cualquiera otro sacrificio de amor propio. Y la prueba de ello está en que personas que han abjurado secretamente de todas las doctrinas y prácticas de un

partido político para acoger y profesar las del contrario, vacilan y retroceden cobardemente cuando se trata de que, rebautizándose, por decirlo así, se incorporen en el bando a que de corazón pertenecen. Con honradez y humildad el doctor Samper resistió aquella prueba, y tomó un nombre político que había aborrecido desde su juventud con todo el calor de sus convicciones; y dio tan decisivo paso en momentos en que la proscripción y toda suerte de humillaciones iban a ser el premio de su leal proceder.

Antes y después de esto le vimos, en ocasiones solemnes, desagruar cristianamente a muchas personas a quienes, en la época de su ardorosa juventud, había herido y lastimado en sus escritos y discursos; y nunca se supo que el doctor Samper rehusase una conciliación o rechazase la mano que se le tendía, cuando no era él quien hidalgamente se anticipaba a buscarla.

¿Tendré finalmente que hablar a vosotros de las condiciones del amigo? ¿Quién que se honrara con su amistad le encontró alguna vez insensible a su desgracia o a su pena? ¡Con qué delicadeza, con qué solicitud se consagraba él a servir a los que amaba! Su tiempo, sus influencias, sus modestos recursos pecuniarios, cuanto era y cuanto tenía, lo ofrecía con mano larga al que solía andar necesitado. Aquel corazón de oro tenía ansia de amar y de ser amado, y sólo encontraba placer y solaz en el bien ajeno. Toda desgracia de sus amigos y aún de simples prójimos le afectaba vivamente, y fue ello causa de muchos y muy hondos pesares de su corazón, que vosotros conocéis muy bien.

Tal fue, a grandes rasgos trazada, la vida de nuestro colega: de trabajo, de lucha, de amor, de fe y de esperanza. Como el siervo fiel del Evangelio, no sepultó los talentos recibidos del padre de familias, sino que los hizo rendir ciento por uno; y por eso habrá recibido también una medida apretada y llena del dispensador de todo bien. Su memoria será siempre cara y sus ejemplos dignos de ser imitados.